

Junta de Beneficencia de Santiago

DEPARTAMENTO DE ENFERMEDADES SOCIALES

Para nuestros hijos cuando tengan 16 años

ALGUNOS CONSEJOS DEL PROFESOR FOURNIER, DE PARIS

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA SANTIAGO.-ESMERALDA 872-76

1923

Para nuestros hijos cuando tengan 16 años

Algunos consejos del profesor Fournier, de Paris

Amigos míos: habéis dejado de ser niños, y aún adolescentes. Se anuncia para vosotros la aurora de otra edad por un conjunto de signos indicadores de próxima virilidad. Vais a ser hombres.

Pues bien, el momento es ciertamente propicio para hablaros de ciertas cosas que, no dudo, comienzan a preocupar vuestro espíritu y a propósito de las cuales mi experiencia puede ilustrar los peligros, muy graves por cierto, que entreveo para vosotros en el horizonte. Se me ha confiado esta misión y haré lo posible por llenarla lo más cumplidamente posible en bien de vuestros intereses.

Sabéis, como yo, que la metamorfosis del niño en hombre se caracteriza principalmente por el desarrollo genital, por el advenimiento de lo que ha dado en llamarse la vida sexual. Han adquirido su

desarrollo órganos hasta entonces rudimentarios y tórpidos; se ha constituido una nueva función; se despiertan paralela y progresivamente apetitos especiales, necesidades hasta entonces desconocidas; el niño ha vivido y el hombre acaba de nacer.

Habéis llegado a ese período y os diré lo que ahora vacilaríais quizás en confiarme, a saber, que desde el instante en que se ha operado esa transformación, se ha apoderado de vosotros nueva preocupación. Una aspiración os agita; puro o impuro, un deseo os solicita. Hablemos con franqueza: la mujer ha nacido para vosotros.

Es ocioso defenderos, acusaros o excusaros. Así lo impone una gran ley de la naturaleza a la que en este momento no hacéis mas que obedecer.

La mujer! Cuánto no tendría que hablaros sobre ella si fuera moralista, filósofo, educador religioso, etcétera! Pero no soy mas que médico y como tal he recibido encargo de hablaros.

En semejante asunto ¿qué tiene que hacer la medicina? Ay! demasiado, como lo veréis dentro de un instante.

Del deseo de la mujer a su posesión no hay sino un paso, demasiado fácil de franquear. Pero no se le franquea siempre impunemente y a la medicina corresponde entonces recoger los heridos y reparar en lo posible los desastres. Me comprenderéis.

Una palabra antes de entrar en materia. En todo lo que voy a deciros, no se tratará sino de consideraciones de orden *médico* y no porque estime que consideraciones de otro género, tal como las de orden *moral*, no formen parte integrante de la cuestión; muy lejos de ello! Pero he supuesto que conocíais las últimas por las enseñanzas ya recibidas y nada tengo que añadir al respecto.

Existe un grupo de enfermedades que derivan del comercio sexual o venéreo, denominadas afecciones *venéreas*. Por otra parte, esto lo sabéis, pues constituye tema favorito de conversaciones entre jóvenes. Pero lo que ciertamente ignoráis son los *verdaderos peligros* de esas enfermedades, es decir, sus consecuencias actuales y futuras. Hay, pues, sumo interés en que estéis informados al respecto, e informados *científicamente*, esto es, de manera exacta, positiva, verdadera. Instruídos como conviene sobre el *peligro venéreo*, comprenderéis cuanto importa precaverse de él.

No esperéis que os describa aquí *in extenso* estas diversas dolencias, como lo hago cuando me dirijo a estudiantes de medicina.

Me limitaré, pues, a trazaros un bosquejo bastante sucinto y a deciros lo que necesitáis saber.

Contraigo desde luego el formal compromiso de hablaros con entera franqueza y sin la menor exageración, sin poner sombras en los cuadros que voy a describir. No es mi designio presentaros un espantajo y lo que voy a exponeros será la pura verdad médica en este asunto.

El *peligro venéreo* lo constituyen tres tipos mórbidos principales, a saber, por orden de gravedad creciente: el chancro simple, la blenorragia y la sífilis.

Primer tipo: CHANCRO SIMPLE.—El tipo denominado *chancro simple* es el menos común de los tres y también el mas benigno (a despecho de una complicación formidable que trae consigo el fagedenismo, pero que felizmente no constituye sino una rareza), razón por la cual no hablaré de él.

Consiste en *lesiones ulcerosas* que se producen sobre el órgano contaminado. Estas lesiones son peladuras huecas, supurantes y generalmente múltiples,

término medio del tamaño de una moneda de 50 céntimos, pero susceptibles de extenderse más y hacerse destructivas y aún mutilantes. Una vez sobre tres o cuatro, se complican de infarto de las glándulas de la ingle (*incordio*), que pueden formar absceso y después úlcera.

No hay nada de grave en esto, salvo raras excepciones, pues el chancro simple no es sino un accidente *local*, sin infección de la sangre y, por consiguiente, sin peligros para el porvenir.

De tal manera que si existiera sólo como afección venérea, no existiría, por así decir, el peligro venéreo, o no sería sino sombra de los dos tipos siguientes.

Segundo tipo: BLENORRAGIA.—Conocida vulgarmente con el nombre de *gonorrea* o *purgación*, consiste en una inflamación supurativa del canal de la uretra, del cual sale en abundancia un humor amarillo verdoso, que contiene un organismo microscópico llamado *gonococo*, agente específico de la afección, descubierto por Neisser.

No es sólo una enfermedad frecuente, sino extraordinariamente frecuente.

En el público hay costumbre de considerarla como una «bagatela, poca cosa». Se dice generalmente que es una enfermedad «que todos han tenido o tendrán, insignificante y curable en algunas semanas.» Es una patente de virilidad, añaden tontamente algunos, y que *provoca risa*. Veréis en seguida si hay motivo de reirse.

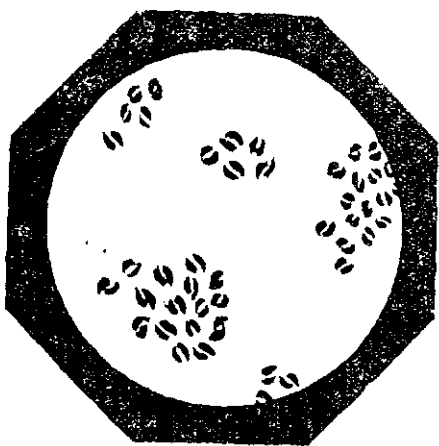
Si, en verdad, convenientemente tratada y desprovista de complicaciones, no constituye la blenorragia sino «poca cosa», de la que se libra uno fácilmente y sin consecuencia (no siempre sin em-

bargo; cuántas veces, por ejemplo, no la he visto sobrevenir en mal momento e impedir un examen, un concurso o destruir una carrera!)

Si, puedo añadir también, tratada con negligencia (lo que es el caso habitual), la blenorragia termina lo más a menudo por curar sin complicaciones actuales o futuras, con el solo fastidio de una duración más o menos larga, que se cuenta no ya por semanas, sino por meses y años.

Pero las cosas no siempre pasan tan sencillamente. Así, en primer lugar, la afección puede ser más o menos rebelde (por culpa del enfermo o del médico) y no desaparecer sino al cabo de largo tiempo.

En segundo lugar puede, a menudo, no desaparecer sino de una manera incompleta, es decir, no curar, y degenerar en ese estado de corrimiento crónico llamado *blenorrea* o en lenguaje vulgar, *gota militar*, traducida por una sencilla humedad amarillenta que el enfermo comprueba al despertar des-



Microbio de la blenorragia, gonococo de Neisser

pués de varias horas pasadas sin orinar. Sabedlo bien, esta blenorrea es una de las afecciones más difíciles de curar. No se termina con ella sino después de tratamientos larguísimos, dolorosos a veces y en tal estado de fácil y frecuente recidiva. Esto sin hablar de los casos (no raros) en que no desaparece y se muestra refractaria a todos los tratamientos.

Además, en tercer lugar, la blenorragia puede originar dos géneros de accidentes, a saber: complicaciones *actuales* y consecuencias *futuras*.

1. Las primeras son múltiples y variadas. Para abreviar no mencionaré sino dos principales por su frecuencia e importancia clínica, esto es:

1.º Una muy frecuente, que ciertamente conocéis de nombre, la *epididimitis* (vulgarmente *orquitis*, o más vulgarmente aún *purgación caída en los testículos*); consistente en una inflamación aguda, dolorosa, de un órgano anexo al testículo (epidídimo).

2.º La otra, menos frecuente, llamada *reumatismo blenorragico* y constituida, en efecto por un conjunto de síntomas que recuerdan con bastante exactitud el reumatismo común.

Dentro de breves instantes volveremos a encontrar estas determinaciones mórbidas a propósito de sus posibles reliquias.

Además, aunque quiera ser breve, no puedo dejaros ignorar que en ciertos casos, en verdad mucho más raros o aún excepcionales, la blenorragia puede repercutir sobre diversos órganos, a saber: sobre la vejiga; sobre la próstata, bajo forma de congestión, inflamación, de abscesos que deben ser abiertos lo más pronto posible, a riesgo de correr grandes peligros;—sobre el riñón;—sobre el ojo, por el hecho de una inoculación transportada de cualquier modo de una oftalmia sobreaguda, espantosa

como síntomas y pudiendo perforar el ojo en algunos días;—sobre el corazón;—hasta sobre la médula en la que determina la parálisis de los miembros inferiores y de la vejiga;—y hasta sobre el cerebro, etc.

Y entonces, naturalmente, por el hecho que ataca órganos de alta dignidad funcional o vísceras esenciales a la existencia, héla aquí, de pequeña enfermedad, habituado uno a localizarla en su estrecho dominio uretral, ensanchando su cuadro de modo singular, modificando su marcha, caracterizándose por los síntomas de algunas grandes enfermedades; amenazando por veces la vida y produciendo hasta la muerte. Sí, oído bien, hasta la muerte. Sabedlo irrecusablemente, se puede *morir* de la blenorragia. Baste citar un solo ejemplo, sobre once casos de inflamación aguda de la médula dependiente de la blenorragia, se ha visto *ocho* terminaree por la muerte.

Observación incidental.—Por lo que precede se vé cuan lejos estamos de la blenorragia «poca cosa, bagatela insignificante».

II. Pero, seguramente, los verdaderos peligros, los habituales de la blenorragia residen en lo que podría llamarse sus *reliquias*, de las que señalaré solamente las cuatro principales.

1.^a La *blenorrea* que comienza generalmente por ser descuidada, tratada con «menosprecio» y que en momento dado, no deja de transformarse en una importunidad, un tormento, una obsesión, una «pesadilla» y hasta en ciertos individuos, causa permanente tristeza, desesperación, melancolía, neurastenia, etc.

Notadlo bien; esta blenorrea es grave, muy grave desde dos puntos de vista.

En efecto, por una parte constituye un impedi-

mento al matrimonio. ¿Cuál es el hombre de corazón que se atrevería a aspirar al matrimonio viéndose atacado por una enfermedad que puede transmitir?

Por otra parte puede ser para la mujer origen de las peores catástrofes. Aunque jóvenes, habréis oído hablar en la sociedad de desgraciadas mujeres jóvenes que, después de haberse casado en perfecto estado de salud, se han puesto enfermas de repente, enfermas *del vientre*, como generalmente se dice, que han languidecido sobre la silla larga meses o años, que por fin, a la larga, se les ha *abierto el vientre* y por último, que con este recurso extremo se han visto salvadas o muertas. ¿Qué significa esto? Estas mujeres son, sencillamente, víctimas de la blenorragia masculina. Se han casado con maridos con blenorrea no apagada, blenorragias internas, que desconocidas o mal tratadas, han dado origen a los accidentes en cuestión. Si una de esas mujeres fuera vuestra hermana. ¿qué pensaríais del hombre que la hubiera mancillado de esa manera y expuesto a tales peligros?

Otro punto. A veces oiréis esto: «qué gran desgracia ha sucedido a la pobre señora de X..., que tanto ha sufrido desde su casamiento. El niño que acaba de dar a luz ha sido atacado desde su nacimiento por una espantosa oftalmía, de la que según se dice, quedará ciego o poco menos.»

¿Qué es esto aún? Una fechoría de la blenorragia, es decir, una oftalmía blenorragica producida por la blenorragia de la madre y ésta a su vez proveniente de la blenorrea del marido.

Por última vez, pues, la evidencia es demasiado completa y vuestra convicción bien asentada; os renovaré la pregunta de hace un momento: una afeción capaz de realizar tales cosas ¿puede considerarse insignificante?

2.º *Obstrucción espermática* producida por epididimitis dobles que han obliterado los canalículos vectores del espermia y acarreado consigo, de manera provisoria o permanente, la *infecundidad*.

La infecundidad no es sólo la incapacidad de la reproducción; es también, y más aún, la amargura de la decadencia, la humillación, el descorazonamiento indefinido; es también la interdicción del matrimonio, o realizado éste, la soledad *in æternum* del hogar doméstico, la desolación del nido desierto, de la *casa sin niños*.

Sea dicho de paso; ¡cuántos maridos acusan a su mujer de una esterilidad, de la que sólo ellos son culpables!

3.º *Enfermedades articulares*.—Reliquias del reumatismo blenorragico y reliquias permanentes, definitivas. Consecuencia: perturbaciones ligeras o serias, rigideces articulares, actitudes viciosas, dificultades, reducción y a veces abolición de los movimientos articulares por anquilosis. En resumen: posibilidad de reales afecciones. Sin exageración la blenorragia produce *inválidos* de los miembros y sobre todo de los dedos, manos, pies, rodillas, hombros, raquis, etc.

Ejemplo: dos jovenes, uno pianista y otro profesor de esgrima, han debido renunciar a su profesión (que constituía su subsistencia) en razón el primero de contorción de las falanges y el segundo, de rigidez incurable del hombro derecho.

Un tercero ha quedado tullido de sus miembros y desde hace doce años no camina, o más bien dicho lo hace arrastrándose con dos bastones.

4.º *Estrechez uretral*.—Accidente muy común y el más serio de la blenorragia.

Accidente importante que debe tenerse presente; algunas veces merecedor de tratamientos suaves (di-

latación progresiva); pero no curando muchas veces sino con intervenciones quirúrgicas (uretrotomía).

Y a su vez, la estrechez descuidada puede ser el punto de partida de complicaciones graves, a veces muy graves, hacia la próstata, la vejiga y el riñón. Entonces todo es posible, hasta la muerte, que no es rara en tales casos.

Hé ahí el balance de la blenorragia.

De esta corta exposición es permitido deducir:

1.º Que la blenorragia no constituye una afección benigna y anodina en la gran mayoría de casos, sino cuando está sometida desde su comienzo a un tratamiento correcto.

2.º Que no es raro, sin embargo, verla transformarse en afección mas o menos seria, esto debido a la tendencia a la cronicidad, por sus complicaciones actuales y especialmente por sus reliquias.

3.º Que en fin, en pequeño número de casos, por sí misma o por sus reliquias, pasa a ser afección decididamente grave, susceptible de toda clase de terminación.

De ahí la verdad del viejo aforismo: «si es sabido cuando una blenorragia empieza, no se sabe ni cuando acabará, ni como terminará».

Tercer tipo: SÍFILIS.—Llego a la sífilis, la mas temible de las afecciones venérea.

No sin razón se ha calificado con los nombres de *lepra* o *peste* moderna. Y en efecto, no está por debajo de tales asimilaciones por el crecido tributo de males, sufrimientos, miserias y muertes con que pesa sobre la humanidad.

Para precisar es ella nociva y perniciosa desde cuatro puntos de vista: 1.º por los perjuicios *indivi-*

duales que determina en el enfermo; 2.º por los perjuicios *colectivos* con que hiere la familia; 3.º por sus consecuencias *hereditarias*, traduciéndose, para no hablar sino de una sola, por una espantosa mortalidad infantil; 4.º en fin, por la generación, y la amenaza de bastardear la especie.

No obstante, poca preocupación despierta y no se establece contra ella defensa alguna. En París sobre 100 hombres se cuentan por lo bajo, de 13 a 16 infectados de sífilis (doctor Lenoir). Y en el tren que marchan las cosas, estad seguros de que esa proporción no dejará de aumentar.

I.—La idea primera que debo daros es la de una enfermedad que, nacida de contagio exterior o agente específico (*treponema pallidum* de Schaudinn), crea una impregnación infecciosa, especie de envenamiento de nuestro ser y nuestra substancia.

Así, pues, no hay uno sólo de nuestros órganos, ni siquiera un rincón de nuestro cuerpo, en donde no se le haya visto penetrar y revelarse por alguna manifestación de su resorte. De pie a cabeza es su dominio todo el cuerpo. Es por excelencia, pues, una enfermedad *general*.

Es también, por excelencia, una enfermedad *crónica*. Una vez que ha tomado posesión de nuestro organismo subsiste en nosotros al estado de infección patente o latente, por duración absolutamente indefinida, ilimitada, no teniendo verosímelmente por límite sino el término mismo de la vida. Así es corriente que se revele por tal o cual manifestación, cuando data solamente de 5, 10 y 15 años. No es raro que entre en escena a un período lejano, por ejemplo: 20 a 25 años más allá de su primer origen. Se le ha visto traducirse por accidentes específicos innegables a vencimientos más bien lejanos, es de-

cir, 40, 50, 60, 67 años después de su inicial accidente.

Empero, no vayáis a representárosla como enfermedad con nacimiento ininterrumpido de síntomas mórbidos, a manera de volcán en continuo estado de explosión. Por el contrario, para continuar la comparación, reviste mas bien la marcha de volcán a explosiones intermitentes, mas o menos distanciadas unas de otras. Es decir, que procede por manifestaciones, exacerbaciones mórbidas separadas por períodos de calma.

II.—Veamos ahora por qué síntomas se traduce.

Su larga carrera ha podido dividirse naturalmente en tres períodos, a saber:

Un período *primario* o período del chancro, de seis a siete semanas de duración;

Un período *secundario*, que sucede al anterior, de dos a tres años y constituido por accidentes superficiales, benignos o relativamente benignos y de esencia resolutive, es decir, susceptibles de desaparecer sin dejar huellas;

Y un período *terciario*, de duración y vencimiento del todo indeterminados, que consiste en accidentes profundos, desorganizadores, destructores, siempre graves, a menudo muy graves y aún mas de lo que se piensa, mortales.

Algunos detalles al caso:

I.—El primer período es poca cosa. Una llaguita (llamada *chancro*), rodeada en su vecindad de algunas glándulas; he ahí todo.

El chancro se manifiesta en el mismo punto del contagio. Generalmente es superficial, indolente y cura pronto. Tan es así que en numerosos casos los enfermos lo consideran como un simple *grano*, como una grieta, como una excoiación insignificante y pasa a veces desapercibida.

Desde luego diremos, como advertencia útil de recordar: esta benignidad del chancro no deja de ser singularmente insidiosa y materia de errores. No se presta atención a una pequeña erosión del pene, porque es benigna y de aspecto insignificante; pues bien, en razón misma de esta benignidad tranquilizadora, existe el riesgo de que sea un chancro. Notad bien esto.

II.—Seis a siete semanas después de iniciarse el chancro, la infección comienza a revelar su difusión en el organismo por erupciones cutáneas y sobre las mucosas. Es así como se inaugura el período *secundario* para continuar (si el tratamiento no se instituye) por una serie de accidentes diversos, que van a ocupar la escena bajo forma de brotes alternativos con calmas, por dos o tres años de duración. ¿Qué son estos accidentes? Sumariamente consisten en esto:

Erupciones cutáneas, diseminadas, desparramadas, a veces casi generalizadas; erupciones sobre el sistema mucoso, principalmente en la boca y en las partes genitales, bajo forma de erosiones o ulceraciones llamadas *placas mucosas*; dolores de cabeza; dolores variables de sitio, articulares, óseos, musculares, neurálgicos, etc.; infartos ganglionares; caída temporaria del cabello; oftalmías; perturbaciones nerviosas, etc.

En todo esto, sin embargo, nada hay de grave por lo general. Todos, seguramente, son accidentes que no dejan de ser importunos, molestos, a veces dolorosos y sobre todo (es lo que mas afecta a los enfermos) vergonzosos, reveladores (ejemplo: la famosa *corona de Venus* que cubre la frente con sus visibles efflorescencias); pero son todos accidentes curables, resolutivos, susceptibles aún de desaparecer espontáneamente y que no dejan en general tras

sí mayores perjuicios. En su período secundario, la sífilis no es ciertamente seria o grave sino en pequeño número de casos, es decir, en los que reviste desde el principio un carácter terciario (sífilis llamada *maligna precoz*).



Microbio de la sífilis, treponema de Schaudinn

Con mucha razón se ha dicho: «La gravedad de la sífilis secundaria es sobre todo *para tercero*.» ¿Por qué para otro? Porque los peligros de la enfermedad en este período son principalmente peligros de *contagio*. Y en efecto, es en este periodo cuando sobreviene la temible placa mucosa, fuente fecunda de las contaminaciones sífilíticas. Por sí sola, muy positivamente, la placa mucosa realiza mas contagios que los demás accidentes sífilíticos reunidos. Por sí misma es nada; por su contagiosidad, una peste.

Si pues la sífilis se mantuviera siempre en su período secundario, no sería ciertamente enfermedad

de gran importancia. Pero en cambio va a revestir otra marcha en su último período, que vamos a considerar.

III.—Esta etapa, llamada *terciaria* o *estadio del terciarismo*, no es fatal, me apresuro a expresarlo. No es fatal sino en individuos tratados de manera insuficiente; mientras que por suerte falta, si no siempre, por lo menos en la gran mayoría de casos en que se ha intervenido con un tratamiento metódico y prolongado.

En este período se dan cita los grandes accidentes que han dado a la enfermedad su siniestro renombre. Pues, sin posible contradicción, todos estos accidentes son *graves* en diversos grados; todos desorganizadores y destructores. Consisten en infiltraciones, depósitos, infartos en los órganos, que a menos de ser reabsorbidos y curados por el tratamiento, no tienen mas que dos modos de terminación, llamados en lenguaje técnico: el reblandecimiento gomoso o la esclerosis. El primero es la *muerte local* de los tejidos, con ulceración, gangrena, pérdidas, mutilaciones; la esclerosis es (lo que por cierto no es mejor) la *muerte funcional* del órgano que sobrevive, pero que no lo hace sino decaído, degenerado, privado de sus aptitudes propias.

Además, lo que contribuye a que la sífilis terciaria sea tan temida, es su singular y extraordinaria facultad de *ubicuidad*. Sin la mas mínima exageración, está o puede estar *en todas partes*. No existe órgano que no pueda atacar, y os aseguro que abusa de esa libertad. No quiero que os atengáis a mi sola palabra y para corroborar vuestras convicciones, como también para daros idea precisa de lo que puede la enfermedad, voy a presentaros un documento *médico*, irrefutable como fruto de observación.

Hélo aquí. Es sencillamente distribuída por cate-

goría de órganos, una lista de accidentes *terciarios*, reunidos por un médico sobre un total de 4 700 enfermos atacados por el terciarismo:

| | Casos |
|---|-------|
| Accidentes interesando la piel (sífilis terciaria) | 1518 |
| Tumores gomosos (gomas) subcutáneos..... | 220 |
| Lesiones terciarias de los órganos genitales... | 285 |
| » de la lengua..... | 277 |
| » del paladar y del velo..... | 218 |
| » de la faringe y fauces..... | 118 |
| » de los labios..... | 45 |
| » de las amígdalas..... | 12 |
| » de la mucosa nasal..... | 70 |
| » óseas..... | 556 |
| » óseas del esqueleto nasal y del paladar óseo..... | 241 |
| » articulares..... | 22 |
| » del sistema muscular..... | 23 |
| » del tubo digestivo..... | 22 |
| » de la laringe y tráquea..... | 36 |
| » del pulmón..... | 23 |
| » del corazón..... | 12 |
| » de la aorta..... | 14 |
| » del hígado..... | 11 |
| » del riñón..... | 39 |
| » del testículo..... | 255 |
| » del ojo..... | 111 |
| » del oído..... | 28 |
| » de las arterias y venas..... | 17 |
| Sífilis del cerebro y de la médula; tabes o ataxia locomotriz; parálisis general etc..... | 2009 |
| Localizaciones diversas..... | 22 |

Dejadme recomendar a vuestra atención este cuadro. Atestigua con evidencia matemática (razón por la cual lo he reproducido) tres puntos que constituyen una verdadera característica de la enfermedad. Así:

En primer lugar y sobre todo, denuncia *gravedad* necesaria, forzada, del terciarismo, mostrándolo compuesto de una pléyade de afecciones que interesan órganos y sistemas muy importantes, los mas esenciales, tales como nervioso, óseo, cardio vascular, velo palatino, lengua, laringe, pulmón, hígado, riñón, ojo, oreja, testículo, etc.

En segundo lugar, implica que a una multiplicidad tal de localizaciones, debe corresponder una diversidad correlativa de *fisonomías mórbidas*. En efecto, es lo que tiene lugar y nada de mas singular ver el terciarismo manifestarse bajo aspectos muy variados, con nada de común de un caso con otro, a saber, por ejemplo: bajo forma de herida o tumor, de exostosis o aneurisma, de tumor blanco o de estrechez rectal, etc. También en tal enfermo la sífilis terciaria revestirá la fisonomía de una tuberculosis pulmonar y en tal otro, la de una afección hepática o renal; en otro, la de una epilepsia o reblandecimiento del cerebro, etc.

Por último, este mismo cuadro demuestra también que la sífilis terciaria no ataca indiferentemente tal o cual sistema. Positivamente tiene sus *preferencias*, sus sitios de elección. Esa sí como afecta con exceso de frecuencia relativa los tegumentos cutáneos;—el sistema óseo y en este sistema, la tibia (canilla) llamada «el hueso amado de la sífilis»;—la nariz que ataca, mutila y destruye tan a menudo; la lengua, principalmente en los fumadores; el paladar y el velo del paladar, cuya perforación y destrucción son tan comunes; el testículo; el pene; los

músculos motores del ojo, etc., y sobre todo, por encima de todo (observad bien este hecho capital, cuyas nefastas consecuencias apreciaréis dentro de un instante) el *sistema nervioso* (2 009 casos entre 4 700 enfermos).

En efecto, adicionad, os ruego, las diversas manifestaciones *nerviosas* que figuran en la estadística precedente y veréis elevarse al total exorbitante, prodigioso, de 2 009 casos, total superior, por mucho, al de cualquiera otra localización terciaria de la sífilis. ¿Qué significa ésto? Quiere decir que el sistema nervioso es la víctima preferida, la víctima por excelencia del terciarismo y que el principio de la sífilis, si constituye veneno del ser entero, constituye principalmente un *veneno del sistema nervioso*.

Pues bien, dada la calidad e importancia de las funciones confiadas a este sistema que es (no necesito casi decirlo), el gran sistema orgánico por excelencia, el sistema director de la máquina humana, juzgad de la gravedad que importa por este hecho al pronóstico de la sífilis. Esto equivale a decir que de la sífilis derivarán, en proporción considerable, esos temibles síntomas que constituyen, todos lo saben, la expresión común de las afecciones cerebrales o medulares, a saber: parálisis diversas, parálisis parciales, o bien hemiplegia, paraplegia, parálisis véscorrectal, parálisis oculares, etc.; perturbaciones sensociales, trastornos cerebrales, tales como delirio, atontamiento, degeneración, demencia, gatismo, etc.; enfermedades y decadencias todas cuya terminación frecuente es la muerte.

Si, la *muerte* y necesito aún aquí ofrecer algunas cifras para convenceros de la extrema gravedad que presentan estas localizaciones de la sífilis sobre el sistema nervioso. Escuchad esto.

Después de analizar varios centenares de casos de *sífilis cerebral*, presentados a mi observación, he arribado a las siguientes cifras, como terminaciones de la enfermedad.

Sobre 100 casos:

22 de curación.

19 de muerte.

Y 59 casos en que los enfermos han sobrevivido, ¿pero en qué condiciones? Con dolencias permanentes y definitivas (parálisis y decaimiento intelectual), de las que algunas casi equivalen como resultado a la muerte.

En total, pues, sobre 100 casos, 22 favorables contra 78 desfavorables en grados diversos y entre estos 78 casos, 19 muertos.

Triste balance ¿no es cierto?

Sir William Osler, una de las mas grandes celebridades de la medicina moderna, estudió y analizó en 1917, con espíritu crítico y rigurosamente científico las estadísticas inglesas. Tomando en debida consideración la parte que corresponde a la sífilis en las enfermedades del sistema nervioso, corazón y grandes vasos y la que desempeña en la patología de casi todos los órganos del cuerpo, la coloca *a la cabeza de las mas mortíferas* enfermedades que diezma a la raza humana. Hubo médicos ingleses que estimaron que, apesar de todo, Sir William no había expresado fielmente toda la terrible malignidad de la sífilis.

Pero hay mas, pues la sífilis no engendra solamente la sífilis; hace mas y peor, origina la parasífilis. Me explico.

Un célebre médico ha dicho: «La sífilis es estiércol en que germinan todas las podredumbres». Esta salida de ingenio encierra una gran verdad. Pues existe un grupo de enfermedades que vienen a injertarse sobre la sífilis a manera de parásitos sobre viejo tronco de árbol, y son consecuencia de la sífilis sin ser en el fondo sífilíticos, por esencia, por naturaleza.

La desgracia quiere que estas afecciones epigenéticas, injertadas sobre la sífilis, llamadas por esta razón *parasifilíticas*, sean casi todas de la mas alta gravedad, a la vez como síntomas y como terminaciones. Como ejemplo os citaré tres:

La *parálisis general*, cuyo solo nombre determina el espanto, no conoce sino un modo de terminación inútil de expresar;

La *tabes* o *ataxia locomotriz*, que termina por trastornos motores o sensoriales (ceguera por ejemplo) de igual incurabilidad.

Y la *leucoplasia* nacida a menudo de la sífilis y de la irritación bucal por el tabaco; degenera habitualmente en la mas espantosa enfermedad, el *cáncer lingual*, inevitablemente mortal en breve término.

Es inoficioso decir que la sífilis expone a numerosas contingencias de muerte, por el hecho de sus localizaciones frecuentes sobre vísceras esenciales a la vida. Por ella mueren mas de lo que se cree y sobre todo mas de lo que se dice. Por el cerebro se muere lo mas a menudo; esto lo sabéis por lo anteriormente expuesto; pero se puede morir también por la médula, el riñón, el hígado, la laringe, el pulmón, el corazón, las arterias (se comprueba el hecho desde hace algunos años que los aneurismas

de la aorta son en su mayor parte de origen sífilítico); algunas veces también por perturbaciones generales crónicas y caquexia progresiva;—por fin, excepcionalmente, de manera aguda, por malignidad especial, como en el caso siguiente que relataré en dos palabras. Una bella joven se deja seducir por un joven, que comete la infamia de contaminarla con sífilis. Oculta el hecho a su familia y no se trata; tres meses después está literalmente cubierta de pies a cabeza por enormes úlceras, que sin la menor exageración, devoran por lo menos dos tercios de la piel.

Durante algunas semanas se arrastra así miserablemente y malgrado nuestros esfuerzos, se extingue por agotamiento caquético, en medio del mas espantoso estado, que no igualaría ciertamente la misma lepra.

Como conclusión de esto, es seguramente útil añadir que una afección señalada por tantos y tan terribles síntomas, debe clasificarse en el número de las dolencias mas graves. La sífilis constituye pues, un verdadero *azote* de la humanidad.

Me diréis: «Pero existen remedios contra la sífilis; pero la sífilis se cura». Si, ciertamente, contestaré, sin lo cual la sífilis sería sin contradicción posible la mas espantosa de las enfermedades. Si, por cierto, contamos con dos verdaderos antídotos de la sífilis, el mercurio y el ioduro de potasio, remedios no tan sólo enérgicos, sino admirables, incomparables, realizando ambos y diariamente, efectos prodigiosos, curaciones insuperables, algunas veces curaciones *in extremis*, casi resurrecciones.

Todos los remedios modernos introducidos en la medicina desde el Salvarsan hasta el «314» y otros tienen por base el arsénico o el bismuto; son incuestionablemente de una eficacia muy inmediata, pero

requieren la acción del mercurio y del yoduro para afianzar y hacer duradero su efecto.

Pero por mas maravillosos que sean, no son *todo* poderosos. Como cualquier otro agente terapéutico ofrecen sus desfallecimientos, fracasos, casos refractarios. En una palabra, no alcanzan siempre éxito, pues es menester que obren a tiempo y a propósito, a dosis suficientes, etc.

Ademas, maravillosos contra la verdadera sífilis, el mercurio y el ioduro pierden poco a poco completamente su acción sobre el terrible séquito *para-sifilitico*, del que os hablaba hace un momento.

Hé ahí los peligros *individuales* de la sífilis.

Ocupémonos ahora de los males que ejerce sobre la familia, los niños y la especie.

I—Con relación a la familia, la sífilis constituye un triple peligro social, consistente en esto:

1.º Contaminación de la mujer en el hogar (contaminación frecuente, pues la estadística nos prueba que, sobre 100 mujeres sífilíticas de la clientela de la ciudad, 19 han sido *conyugalmente* infectadas, es decir, mas o menos 1 sobre 5, proporción asombrosa y affigente);

2.º Desunión, disolución del matrimonio, separaciones, *divorcios*, consecuencias bien naturales del agravio inferido por el marido a la mujer;

3.º *Ruina material de la familia* por la enfermedad, la incapacidad o la muerte del marido. Pues, en razon de su vencimiento tardío, la sífilis a menudo no presenta su cuenta (perdóneseme la expresión), sino en una época en que el joven, frívolo de otrora, se ha transformado en un marido, en un padre de familia. En este caso, pues, es lo mas fre-

cuenta que el marido pague la deuda del joven. Además, por contragolpe, es la familia la que expía la culpa del marido, cuando éste se vuelve inválido, impotente o muere. Porque, privada entonces de su sostén natural, corre riesgo (esto sucede con suma frecuencia) de caer en el desamparo, la *miseria*. ¿A cuántos dramas de este género me ha sido dado ser testigo como consecuencia de la sífilis? Entre mil os citaré el siguiente:

«Un joven pintor, lleno de talento y porvenir, se casa a despecho de una sífilis insuficientemente tratada. Todo marcha bien durante algunos años. Los cuadros se venden, el matrimonio prospera y tiene un hijo. Entonces el marido se ve atacado de una oftalmía específica doble que termina por ceguera completa.

Resultado: familia arruinada, sumergida en negra miseria y obligada a inscribirse en la oficina de beneficencia para no morir de hambre».

II.—*Consecuencias hereditarias*.—Si a mí se me preguntara, como viejo práctico, lo que hay peor, de más nefasto en la sífilis, no vacilaría en lo más mínimo para responder: es el *grupo de los males hereditarios* de la enfermedad, realmente espantosos, traducidos por *hecatombes* de niños; la expresión no es exagerada.

En efecto, la sífilis es prodigiosamente mortífera para el niño. Lo mata antes de su nacimiento, sea en sus primeros días o primeras semanas, sea más tarde. A menudo se encarniza sobre ciertas familias produciendo sucesivamente una serie de abortos o defunciones de niños en número de 4, 6, 8, 10 y más allá (se ha contado hasta 19). Si bien esta *polimortalidad* infantil, como se la designa, constituye médicamente un signo de primer orden para la investigación y diagnóstico de la heredosífilis. En nu-

merosos casos llega a despoblar el hogar doméstico, haciendo un vacío absoluto.

Ejemplos:

En observación.

| | | | |
|-------------------------|---------------|-----------|---|
| Del Dr. Huttinel, sobre | 4 nacimientos | 4 muertos | |
| « Pinard, « | 5 | 5 | « |
| « Trousseau, « | 6 | 6 | « |
| « personal, « | 7 | 7 | « |
| « Christian, « | 8 | 8 | « |
| « Bar, « | 10 | 10 | « |
| « Porak, « | 11 | 11 | « |

A. Couvelaire, el sucesor de Pinard en la clínica de partos de París, escribiendo acerca de la Mortinatalidad en 1921, dice textualmente: «El hecho esencial que se deduce de esta encuesta es que mas de la mitad de los casos de mortalidad fetal es causada por una enfermedad hereditaria—la sífilis—u otros envenenamientos del embarazo, perfectamente evitables».

La reacción de Bordet-Wassermann, practicada sistemáticamente demuestra que la proporción de los casos de muerte del feto atribuibles a la sífilis se ha elevado a cerca de la mitad del total de la mortalidad fetal.

Trabajos realizados en Inglaterra por E. Holland y otros, de Ballantyne, tienden a demostrar la participación enorme que corresponde a la sífilis en la mortalidad del producto de la fecundación.

III.—En fin resalta de recientes investigaciones que la sífilis puede constiuir, por sus consecuencias hereditarias, causa para bastardear y degenerar la especie, dando nacimiento a seres inferiores, decadentes, *distróficos*, *decaídos*. Sí *decaídos*, a saber:

Decaídos, *físicamente*, es decir, nacidos abortos,

para quedar pequeños, enclenques, infantiles, valedudinarios, etc.; y volverse raquíuticos, contrahechos; jorobados, etc.; o bien también nacidos con distrofias diversas, consecuencias de detención de desarrollo (labio leporino, pié equino, malformación del cráneo o de los miembros, sordomudez, infantilismo testicular, etc.)

Decaídos *psíquicamente*, constituyendo entonces, según el grado de su descenso intelectual, retardados obtusos, desequilibrados, degenerados, imbéciles, idiotas.

Actualmente es innegable que la intensidad de la decadencia puede llegar hasta la monstruosidad. Así la sífilis puede engendrar monstruos, es decir, con malformaciones extremas, por detenciones completas del desarrollo. (1) Es el colmo de la degeneración.

Pero termino, pues en verdad he referido bastante para que estéis informados sobre la sífilis y para que la juzguéis tal como es, a saber: un *azote de la humanidad*.

El autor de este opúsculo había escrito hace ya algunos años que «no vacilaría en inscribir a la sífilis en el capítulo de la etiología de la tuberculosis pulmonar». J. Héricourt en varios miles de tuberculosos y Sergent no vacilan en declarar que «la extensión formidable de la tuberculosis, que observamos con terror, *no sería sino la consecuencia de la extensión misma de la sífilis*». Nueve veces en diez casos de tuberculosis reconocida, he comprobado los estigmas de la heredo sífilis.—Héricourt.

(1) Ejemplo: La sífilis puede originar *enanos*. Así el célebre Bebé, enano del rey de Polonia, Estanislao, no era seguramente (por las lesiones comprobadas sobre su cráneo) sino *heredosifilítico* distrófico, de crecimiento detenido por tara hereditaria.

Amigos míos: no todos os hablarán como acabo de hacerlo y lo que más temo para vosotros, es un cúmulo de prejuicios que van sembrando sobre el camino los ignorantes, los desequilibrados y los tontos.

Así oiréis repetir a menudo esto: «los hacedores de moral, los padres miedosos y los médicos son los que impiden la danza en ronda, con el espantajo de la sífilis y las afecciones venéreas. Si no debiera montarse a caballo porque uno puede caerse, no cazar porque está uno expuesto a recibir una carga de fusil y renunciar a las mujeres porque pueden sobrevenir accidentes desagradables, más valdría encerrarse en un claustro. Aquí en la tierra no se dispone sino de un buen tiempo: la juventud; pues bien, menester es que la juventud goce y se divierta. Con todo, no se muere de sífilis; un poco de mercurio y todo termina. Así, por ejemplo, conozco a los señores A. B. C. que han tenido sífilis y no se encuentran más mal por eso».

La respuesta en nombre del buen sentido y de la verdad científica es esta: Para gozar la juventud no es necesario trabar relación con la sífilis e impunemente desaliarla. La sífilis no es «mala aventura», sino desgracia grandísima. No se la cura con un poco de mercurio» y muy feliz es un médico de tomarla sencillamente silenciosa con mucho mercurio. En fin, si los señores A. B. C. la han sufrido y «no se encuentran más mal por ello», es que la han tratado larga y convenientemente; o si no ¡hay de ellos en el porvenir!

Otra preocupación consiste en considerar los grandes accidentes de la sífilis como resultado no de una sola infección, sino de muchas y de libertinaje *acumulados*. Así, cuando un desgraciado sífilítico, atacado del cerebro, termina por la parálisis

general, el reblandecimiento o el gatismo, se oye decir esto: «para haber llegado a ese extremo cuantas orgías habrá hecho! ¿Cuántos excesos no habrá cometido y cuántas malas aventuras amorosas? Pues tales cosas, seguramente, no suceden sino a las prácticas del amor y a los veteranos del libertinaje». Conceptos imbéciles, pues sabed bien esto: la sífilis, con todas sus consecuencias, aun las más graves, deriva no de contagios repetidos, reiterados, acumulados, pero sí de un contacto único, de uno solo. No se duplica ni se triplica. No admite acumulación; y la admite tan poco, que por sí sola constituye una inmunidad. Tan es así que un enfermo como el de que se trata, descendido al último escalafón de la decadencia cerebral, expía quizás de ese modo (hasta con su vida) un solo mal paso, un solo momento de olvido. Cito el caso siguiente como cierto, pues lo he observado personalmente:

Un joven colegial, en el día mismo de su recepción del bachillerato, va a festejar su victoria en uno de esos cafés de camareras que infectan el barrio latino. Contrae allí la blenorragia y la sífilis a la vez. Como de costumbre no dice nada a su familia y se hace tratar a ocultas por uno de sus amigos, simple estudiante de medicina; a penas librado de los síntomas aparentes, se considera curado y cesa todo tratamiento. Tres años después se ve bruscamente atacado de accidentes epilépticos, después meningíticos, cuya naturaleza no se reconoce, por ignorancia de sus antecedentes. En resumen, presenta una sífilis cerebral que tratada tardíamente lo arrebató en cinco meses.

Ahora bien, esté pobre joven ¿era acaso un práctico del amor o un veterano del libertinaje? No por cierto, pues hacía sus primeras armas amorosas el día en que contrajo el contagio que debía matarlo.

Jóvenes, no olvidéis este ejemplo y recordad siempre esto: que con la sífilis *in* contacto desgraciado basta para conferir la infección con todas sus consecuencias futuras, y más desastrosas como acabáis de verlo.

Tal es el *peligro venéreo*, compuesto principalmente de dos tipos mórbidos, ambos serios, pudiendo llegar a ser muy graves, aunque de manera desigual, como resulta de la exposición precedente.

Pues bien, ¿comprendéis ahora por qué vuestra llegada al período viril no deja de inspirar legítimas alarmas a los que os aman? Comprendéis también por qué una sociedad de personas honradas, con el propósito de estudiar los medios apropiados para disminuir la frecuencia de las afecciones venéreas, ha pensado ante todo en vosotros *los jóvenes, los muy jóvenes*, y conferido el gran honor de confiarme la redacción de este pequeño opúsculo para uso de los «ignorantes» que sois aún en esas especiales miserias!

«Salvaguardemos primeramente, han dicho mis colegas, los inexperimentados de la vida, los que pueden caer en el abismo porque no lo conocen. Advirtamos a nuestros hijos del peligro venéreo; será el medio más positivo de preservarlos. No nos limitemos a una advertencia general y vulgar; hagamos más y mejor, motivando nuestras palabras; describamos este peligro, tal como es médicamente, a fin de que ellos mismos sean jueces de los peligros a que se exponen.

Es por esto que en vez de limitarme a gritar cuidado, acabo de tratar medicina, como si por' una hora fueseis alumnos de mi hospital. Conocéis ahora sobre las enfermedades venéreas lo que necesitáis

saber y grande sería mi satisfacción sabiendo que lo dicho pueda seros de utilidad personal.

Algunas palabras más y termino.

Sois ahora jóvenes crecidos y por este mismo hecho esperad que la provocación femenina os persiga como presa fácil de explotar. Esta provocación, sabedlo bien, está en todas partes y bajo todas formas. No tan sólo la hallaréis por el día y la noche en las esquinas de las calles; la encontraréis de día bajo forma, por ejemplo de elegantes mujeres o pseudo obreras que parecen llevar en las manos su trabajo; pero sobre todo en los cafés de camareras, en los espectáculos, en los teatros, en los bailes públicos, cafés-conciertos, etc., como finalmente, en todos los prostibulos, que con apariencias varias, pululan en nuestra capital. Podrá también perseguiros hasta en vuestro domicilio bajo forma de cartas, de misivas amorosas como le ha sucedido a uno de mis jóvenes clientes, alumno de liceo, que recibió un día una carta de este género en que una bella desconocida le decía que le había llamado *la atención* y le solicitaba una cita. Imprudentemente concurrió al llamado y pagó caro su cándidez.

Notad de paso (pues esta es una advertencia importante) las referidas provocaciones emanan invariablemente de las prostitutas *peores*, a saber: de las que en lenguaje administrativo se designa como *clandestinas* o bien también *insumisas* (por haber escapado hasta entonces al control higiénico). Entre todas son por mucho *las más peligrosas* porque no están sujetas a vigilancia médica, y por consiguiente, no retiradas de la circulación cuando están afectadas de tal o cual accidente venéreo. En pro-

porción enorme son peligrosas; las estadísticas oficiales demuestran que sobre 100 de esas mujeres detenidas por delito de prostitución, se encuentra siempre un tercio enfermas (de 25 a 48 por 100), es decir, afectadas de blenorragias, chancros simples, sea también de sífilis o varias enfermedades a la vez.

Cuando uno se deja arrastrar por una prostituta clandestina, el indicio de los peligros corridos es de un 33 por 100 más o menos. Así, pues, con este género de mujeres, sobre tres contactos, uno casi inevitablemente será seguido de contaminación.

De lo expuesto no vayáis ahora, a manera de ciertos cándidos, a sacar la siguiente conclusión: «puesto que las prostitutas no vigiladas son peligrosas, las que lo son no son peligrosas», pues la primera de estas proposiciones no justifica en nada la segunda. Ciertamente que la prostituta vigilada es menos peligrosa que la clandestina, porque está sometida al examen médico cada ocho días y se cuestrada caso de ser reconocida «enferma» o aun «sospechosa». Pero de uno de esos exámenes hasta el siguiente trascurren ocho días; durante los cuales hay tiempo de producirse una blenorragia, o un chanero, o una recidiva de placas mucosas. Por consiguiente, una mujer reconocida sana hoy, puede mañana ser enferma y contagiosa. Además, retened bien lo siguiente, como resultado de la observación médica, a saber: que toda mujer después de dos o tres años de ejercicio de la prostitución, está, por así decir, fatalmente atacada de sífilis.

¿Y a eso ha llegado la profilaxis pública me diréis sin duda? ¿Es ésto lo que hasta ahora se ha encontrado para preservar a las poblaciones de los dos horribles azotes descritos? ¡Ay, sí, por desgracia en eso estamos!

No nos acuséis a nosotros, higienistas y médicos, de no haber hecho más en salvaguardia de la salud pública, pues hace tiempo que luchamos para hacer mejor, pero nuestros consejos, nuestras adjuraciones no son escuchados. Más, la opinión pública está enérgicamente solicitada para *abolir* toda vigilancia médica de la prostitución por una sociedad poderosa, llamada *Federación abolicionista*, que nacida en la púdica Inglaterra, de misticismo protestante, considera la sífilis y las afecciones venéreas como otros tantos saludables presentes de la Providencia para «castigar la carne lujuriosa», para oponer un freno a la depravación de las costumbres y para asegurar la salvación de las almas en otro mundo. Contemos con el buen sentido para resistir a semejantes doctrinas, cuyos resultados será decuplar el peligro venéreo.

La conclusión natural y forzosa de lo que precede es que la mejor de todas las profilaxis no puede ser otra que la *profilaxis, individual, personal*, a saber: la que cada uno puede y debe ejercer sobre sí mismo. Comenzemos por protejernos a nosotros mismos, será mejor, que confiar nuestra salvaguardia a la vigilancia de tercero.

En tono humorístico se ha dicho: «El temor de la sífilis es el principio de la sabiduría». Así sea. Pero se llega a la sabiduría por otra vía que la del miedo; se llega también por otros sentimientos de orden mas elevado, a saber: los principios de moral y religión que habéis recibido en el seno de vuestras familias, el respeto de sí mismo, el respeto de la mujer y añadiré aun mas, si no fuera prematuro quizás pedir esto a vuestros 16 años, el respe-

to debido de antemano a la que será vuestra compañera, a los hijos que nacerán de vosotros, al hogar doméstico que será el vuestro.

Otro punto. Se ha hablado indebidamente y a la ligera de los «peligros, para la joven, de la continencia». Os confesaré que si esos peligros existen, no los conozco, y como médico, no los he comprobado aún, bien que los sujetos de observación, no me hayan faltado.

Por otra parte, debe añadir, en nombre de la fisiología, que la verdadera virilidad no se alcanza antes de los 21 años mas o menos y que la necesidad sexual no se impone antes de esa edad, a menos que excitaciones malsanas no hayan solicitado prematuramente su despertar. La precocidad genésica no es sino artificial y no deriva a menudo sino de una educación mal dirigida.

En todo caso, estad seguros de ello, el peligro en este caso es mucho menor de retardar que de adelantar el voto de la naturaleza; muy bien me comprenderéis.

Un último consejo y termino.

Que si un día el arrastre de los sentidos traiciona vuestra voluntad y os sobrevenga una desgracia ¿qué tendréis que hacer?

Sobre este punto mi experiencia me autoriza a deciros esto: entre las dos determinaciones que os pueden hacer vacilar, existe una buena y otra mala.

La mala, muy mala, es la del silencio y de la ocultación. Y no obstante, es por muchos la preferida por la mayor parte de los jóvenes. Consternados, confusos, atemorizados, no encuentran nada

mejor que ocultar su mal, no decir nada a su familia y tratarse a ocultas, confiándose al primer venido, a un camarada, a un médico que no conoce y a menudo a un charlatán. Algunos obedecen en esto a un sentimiento honroso, pero que no por eso deja de ser irracional. Consideran la sífilis como enfermedad vergonzosa que haría ruborizar con ellos a su familia y por su naturaleza condenada a permanecer secreta. Como si la sífilis fuera una vergüenza y no una desgracia, para la que no debiera existir sino la compasión y el perdón.

¿Qué sucede con este sistema de secreto? Que esos jóvenes imprudentes están molestos para tratarse, se curan mas o menos mal, mas bien mal que bien, de manera incompleta e insuficiente, quedando expuestos en el porvenir a las catástrofes que ya conocéis. Recordad como tipo de este género al joven colegial cuya historia os he referido hace un instante.

Por el contrario, la *buena determinación* es y no puede ser otra, sino la *confesión*, por razones precisamente inversas a las que acabo de referirme.

Así, pues, en semejante circunstancia, no vaciléis; por mas que os cueste, tened el corage de revelar la verdad. Confiad la desgracia a vuestra familia que guiará vuestra inexperiencia, que os elegirá un médico competente y os dará toda clase de facilidades para proseguir el tratamiento adecuado. No podréis elegir mejor que aquellos que os aman, para asegurar con dedicación y ternura vuestra curación.

Os repito, en semejante situación y a vuestra edad sobre todo, la revelación de vuestro estado es un deber al que no debe uno substraerse.
